

Se aproximó lentamente hacia el ataúd, rosa en mano, unas lágrimas rebeldes escaparon de sus ojos rojos e hinchados, bajo ellos, unas oscuras ojeras fruto de tantas noches sin dormir acentuaban lo pálido de su piel.

Besó con ternura el ataúd de madera blanca, y depositó sobre él la rosa. Aún no conseguía aceptar que aquello estuviese pasando. No podía aceptar que su pequeña haya dejado el mundo de los vivos.

Ella lo sabía, sabía que algo malo le iba a acabar ocurriendo, pero no podía ni si quiera haber imaginado que aquello era lo que acabaría ocurriendo.

Se lo advertía, una y otra vez se lo advertía.

Desde el mismo momento en el que se presentó con él en el salón de casa a la edad de 16 años, el momento en el que lo presentó como su novio, con una enorme y brillante sonrisa. La felicidad le salía por cada poro de su piel, al fin lo había conseguido. No podía creerse que aquel fuese el joven del que su niña se había enamorado, por quien pasaba las noches en vela. Pero sí, era él, el mismo que estaba de pie en su salón sin interés alguno.

Esa noche se lo dijo, le dijo la mala espina que le daba , que no se fiaba de él; ella negaba con la testarudez propia de aquella edad.

“- Te equivocas, él es un trocito de pan, sólo hay que saber entenderlo... Es una coraza que él forma para protegerse, ¿No lo ves?”

La verdad era que no. No veía lo que su hija pretendía que viese, ella sólo podía ver lo que aquel chico con pinta de “badboy” le haría a su hija, daño. Mucho daño.

En aquel momento no sabía, ni siquiera podía llegar a imaginar, cuanto daño le causaría a lo largo de los años aquel “badboy” a su pequeña Anya.

Es por eso, que a día de hoy se arrepentía de haberla dejado continuar esa “tontería”. Pensaba que aquello terminaría en unas semanas, meses como mucho; en fin, después de todo sólo tenía 16 años. Tenía esperanza en ello.

Pero los meses pasaron, y siguieron pasando, haciendo que su esperanza fuera desvaneciéndose poco a poco.

En los primeros meses a veces Anya llegaba triste a casa y se iba a su habitación sin comer. Nunca le preguntó porqué, pero se lo imaginaba. Poco a poco las veces en las que Anya llegaba mal y no comía eran más constantes.

“ Acabaran pronto” pensaba, pero no podía estar más lejos de la realidad.

Cuando Anya cumplió los 17, comenzó a comer menos y devolver lo poco que conseguía que ingiriera. Cada vez estaba más pálida, más ojerosa, y más delgada. Y aunque todos

le dijeran que estaba demasiado delgada, ella lo negaba. Para ella no era suficiente.

Preocupada y angustiada por el estado anímico de su hija, la llevó obligada a una consulta psicológica. Anya seguía convencida de que había echado culo, piernas y demás, pero con el paso de los meses, dejó de lado esa absurda idea, ya fuese por mantener contenta a su madre, o porque ya se había dado por satisfecha. Pero una noche oyó algo sin querer, algo que le dio la certeza de que la convicción que Anya tenía de que estaba gorda y debía adelgazar había sido provocada por aquel "badboy". Y de nuevo intentó que ella entrara en razón, que el sólo le estaba haciendo mal, a lo que Anya gritó que Aaron tenía razón que intentaba manejarla a su antojo, que la estaba encarcelando.

Anya no se daba cuenta de que era al contrario, Aaron la había alejado de todos sus amigos poco a poco, que si David no le gustaba, que si Sarah era muy falsa... que si ella debía de ser sólo para él.

Irónico, ella sólo para él y él... él para todas las que se cruzaran en su camino.

Poco a poco, la Anya extrovertida, soñadora y alegre, había ido desapareciendo; aunque ella afirmaba ser feliz.

Su esperanza de que esa relación acabara era cada vez menor, pero no dudaba de que su hija abriera los ojos, si no era antes, sería después, lo importante era que se diese cuenta.

Dejó que jugara al juego del amor con aquel chico. Una mala decisión, por supuesto.

Meses después de que Anya alcanzara los 18, la descubrió con una enorme mancha morada en el costado; la había golpeado. Y que fuese la primera vez que lo veía no quería decir que fuese la primera vez que ocurría.

La noche siguiente, mientras cenaban, intentó abordarla para conseguir que entrase en razón; y una vez más, fracasó estrepitosamente.

Los gritos de Anya resonaban en su mente, cada palabra se le había quedado marcada, aquella discusión había dejado mella en ella. Sabía que no pensaba lo que decía, pero aún así le dolía. Esa no era la hija que ella había criado, su dulce Anya, había cambiado tanto... "*No eres nadie para meterte, no te necesito*". Si tan sólo se dejase ayudar...

En aquel momento vio la gravedad de su error, no debió dejarla continuar con esa relación tan tóxica.

Pasaron dos años, dos duros años para ella. La relación con su hija no había vuelto a ser la misma; Anya la ignoraba casi por completo.

Hasta que una tarde llegó irradiando felicidad, con una sonrisa de oreja a oreja y un anillo plateado con un pequeño diamante en el centro. Al verlo se sintió morir, no podía ser cierto.

Anya anunció su “feliz” matrimonio. Esa noche se preparó para lo peor, su esperanza había quedado reducida casi hasta la nada. Sólo le quedaba esperar, esperar a que algo sucediera, algo que hiciese cambiar de opinión a su hija.

Pero, ¿Qué era lo peor que podía ocurrirle antes de que se diese cuenta?

¿Una infidelidad? ¿Una contractura? ¿Una noche en el hospital?

El pensamiento de llegar a ver a su hija en un hospital le parecía excesivo, pero si eso hacía que quisiese dejarlo... Más valía tarde que nunca.

Por supuesto, ella nunca cesó de intentar convencerla, pero sólo servía para crear tensión entre su hija y ella.

Anya cada vez era más golpeada, a menudo sin razón, y eran muchas las ocasiones en las que había tenido que soportar la humillación de ver a su esposo en su cama con otras mujeres.

Acudía llorando en su busca cada vez que esto ocurría, y ella la recibía con los brazos abiertos y una pequeña esperanza de que aquello llegase a su fin.

Pero como siempre, Anya lo excusaba; alegaba que la carencia de amor que había sufrido de niño, sumado al estrés del trabajo, lo hacía hacer cosas así, que sólo era un incomprendido que necesitaba amor y comprensión.

Siempre que le decía eso, se preguntaba si su hija realmente sabía algo de la vida de su esposo, o ella misma había sacado tales conclusiones.

Cuando a él se le antojaba, se presentaba en la puerta de su casa con un ramo de enormes rosas rojas y una caja de chocolates suizos, los favoritos de ella; con la firme promesa de no volver a hacerlo y Anya marchaba feliz a su lado, olvidando lo ocurrido.

Cada vez, el deseo de que ocurriese algo que la hiciera abrir los ojos era mayor, si a caso era posible.

Era una tarde fría de invierno cuando la llamaron, nada más descolgar el teléfono y saber de dónde la llamaban, miles de sentimientos se agolparon en su pecho, y ninguno bueno.

Anya había sido ingresada de gravedad, en esos momentos intentaban estabilizarla.

Cuando llegó al hospital con la angustia y la desesperación rebosandola, un médico de rostro amable le comunicó que en ese momento su hija se encontraba en coma, le explicó que era tal la gravedad de sus heridas y de todos esos golpes, que nada más habían podido hacer. Sólo quedaba esperar que su corazón resistiera.

Fue a poner una denuncia, pero como Anya jamás había pedido ayuda ni admitido que el la golpeaba, no hubo nada que hacer.

“No hay pruebas” le dijeron.

Él se libró.

Una semana después, el fuerte corazón de Anya se paró. Había luchado hasta el final, de eso no había duda. Estaba claro que su hija era una luchadora, pero esa era una batalla que no podía ganar, no sin ayuda... y ella nunca la pidió.

Había mantenido la esperanza de que su hija abriera los ojos y volviera a su lado, sabía que no era tonta, pensaba que lo descubriría...pero se equivocó.

Anya no era capaz de ver más allá de su fantasía de "badboy" que cambia por amor.

Y a esto la había llevado esa estúpida fantasía, a la muerte.

El ridículo pensamiento de que él cambiaría sus costumbres, su manera de ser, por ella, por amor. Un amor que ni siquiera existía.

Sí, en su opinión había cometido el error más grave de todos : dejar que aquello continuase.

Sentía que podía haber hecho más por su Anya, pero de nada servía lamentarse no había nada que hacer ya.

Lloró desconsoladamente cuando terminaron de poner la lápida.

"Anya Robbins. 1990-2015"

Las palabras de Anya aún resonaban en su cabeza, con su dulce voz:

< -Sólo necesita amor, >

< -Él es bueno, se que lo es. >

< -Cambiará, lo hará por mí, me lo ha prometido. >

< -Él me ama. >

Anya se esforzaba tanto para que los demás viesan que Aaron era un buen tipo...Si tan solo ella hubiese visto lo que los demás veían; si hubiese visto la realidad a tiempo...

Si hubiese pedido ayuda... Ella... Ella aún estaría aquí.